

Gil y Carrasco en dos *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós

JOSÉ LUIS SUÁREZ ROCA
ESCRITOR Y PROFESOR¹



De lectura siempre agradable, los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós resultan todavía hoy más amenos e instructivos que cualquiera de esas grandes novelas históricas modernas que nos sirven en el plato prefabricado de la literatura. En los relatos que integran la serie tercera, *Zumalacárregui*, *Mendizábal*, *De Oñate a La Granja*, *Luchana*, *La Campaña del Maestrazgo*, *La estafeta romántica*, *Vergara*, *Montes de Oca*, *Los ayacuchos* y *Bodas Reales*, recrea don Benito la historia cultural y política española entre 1834 y 1846. Con razón se ha dicho que la evocación del movimiento romántico desempeña una función verdaderamente nuclear en la serie y se erige en uno de elementos de cohesión más perceptibles entre sus diez relatos.

¹ Publicado en *Cimada*, nº 24, revista del IES Álvaro de Mendaña. Ponferrada, 2010.



Pues bien: en *La estafeta romántica* andaba yo picoteando una tarde sonsa del mes de enero, cuando, de pronto, se me apareció nuestro mundialísimo berciano Enrique Gil y Carrasco. ¡Vaya, vaya! ¡Así que Enrique Gil convertido en personaje de una novela histórica...! ¡No sabía yo que...! Y debería haberlo sabido hace mucho tiempo. En fin, pasamos a veces por las novelas y relatos como gatos sobre berzas... Ya os cuento luego cómo y por qué se aparece don Enrique. Por cierto: ya es hora de que se borre de la imaginación de los bercianos y españoles en general ese rostro que anda por ahí, ese retrato que, apócrifo o no, nos pinta un Gil soñador casi calvo, más moreno que un cordobés de cortijo, antiestético, ¡muy poco romántico, hombre...! Porque según la pluma de Ferrer del Río, prestigioso hacedor de retratos en su época, don Enrique Gil se tocaba con una muy “*rubia cabellera*”, y sus ojos eran ¡*azules*! ¡A ver si de una vez nos lo pintan como es debido!

El caso es que seguí zambulléndome en otros dos deliciosos *episodios* de la misma serie, *Los ayacuchos* y *Bodas Reales* (aparcados en la estantería ¿desde cuándo?), con la ilusión ahora de que nuestro desgraciado poeta se apareciese una vez más. ¡Y así fue! ¡En *Bodas reales*! ¡Ahí sale otra vez! ¡Pero de qué manera? Veamos antes qué suerte en la vida le había tocado realmente a la persona de don Enrique Gil.

El señor Picoche lo resumió muy bien: en septiembre de 1836, Gil, desobedeciendo al padre, decide abandonar la Universidad de Valladolid para probar suerte en Madrid, a ver si puede conquistar la gloria literaria. A su llegada a la capital, se hospeda en uno de los albergues de la calle de Segovia, de los más sucios e incómodos de la Corte. Se une enseguida a un pequeño grupo de escritores y artistas formado en torno al ínclito José de Espronceda. Es posible que le introdujera Miguel de los Santos Álvarez, condiscípulo suyo en Valladolid, que llegó a la Corte poco tiempo antes que Enrique Gil. Deseoso de ensanchar el círculo de sus relaciones, frecuenta las reuniones del *Parnasillo*, en el sombrío café del Príncipe. Allí pudo relacionarse con todas las personas que influirían sobre su carrera o su obra: el propio Espronceda, Ventura de la Vega, Patricio de la Escosura, Estébanez Calderón, Zorrilla, Campoamor, Rodríguez Rubí, García de Villalta... ¡Atención a esta figura: José García de Villalta, un buen amigo de Gil, al parecer! Tiene, pues, nuestro ambicioso poeta la satisfacción



de mezclarse con los literatos de su tiempo, lo que no le evita grandes amarguras, pues apenas gana un duro: es todavía un perfecto desconocido, no publica nada. Y encima algunos de sus amigos – Espronceda, Villalta, Álvarez– son unos exaltados, unos libertinos y anticlericales que le inyectan la duda religiosa, y a punto estuvieron de corromperlo...

En fin, a fines de 1836 y durante el año de 1837, ocurren en Madrid varios acontecimientos importantes. Unos son literarios, que vivirá con mucha emoción Gil y Carrasco (por ejemplo, el 19 de enero de 1837 se estrena *Los amantes de Teruel*, de Hartzenbusch, drama que ejercerá gran influencia sobre la obra del berciano). Y otros serán románticamente trágicos: el 13 de febrero de 1837 el famoso *Figaro*, el señor Larra, en un raptó de demencia –“¡por una mujer!, ¡en una época como la presente!”, dicen que exclamó muy afectado el general Luis Fernández de Córdoba–, se pega un tiro y se embarca para el otro mundo. Enrique Gil asiste al entierro con todos los miembros del Parnasillo, excepto Espronceda, que está enfermo. Apenas habían transcurrido unos cinco meses desde su llegada a Madrid...

Esto es más o menos lo poco que sabemos sobre Gil y Carrasco durante ese periodo, hasta la primavera de 1837. No mucho más debía de saber de su sobresaltada vida el ilustre Pérez Galdós cuando se dispuso a redactar, sesenta y dos años después, en 1899, *La estafeta romántica* en forma epistolar. Era una distancia temporal más que suficiente para conferir la necesaria lucidez a su mirada, dotar de ironía y de humor su interpretación del romanticismo y los románticos, y de paso permitirse el lujo de cometer de vez en cuando algún anacronismo histórico. Lo cierto es que no se salió don Benito de los límites de la verosimilitud al situar a Gil en el centro del círculo de amigos de Espronceda y considerarle, junto al escritor sevillano José García de Villalta, como un buen ayudante de cámara (mortuoria), como uno de los más competentes de entre aquellos genios románticos para organizar con cierta prisa, lucimiento y fervor el entierro de Larra. Leamos el texto –el fragmento de una carta, la número once, supuestamente enviada por el poeta Miguel de los Santos Álvarez al protagonista de la novela, Fernando Calpena– en el que se describe la escena y funciones de Enrique Gil:



Supe yo la muerte de Larra al día siguiente del suceso, o sea, el 14 de febrero. Fui a verle con otros amigos a la bóveda de Santiago, donde habían puesto el cadáver [...] En fin, querido Fernando, suspiramos fuerte y salimos, después de bien mirado y remirado el rostro frío del gran *Figaro*, de color y pasta de cera, no de la más blanca... [...] No podía vivir, no. Demasiado había vivido; moría de viejo, a los veintiocho años, caduco ya de la voluntad, decrepito, agotado. Eso pensaba yo, y salí, como te digo, suspirando, y me fui a ver a Pepe Espronceda, que estaba en cama con reuma articular, que le tenía en un grito. ¡Pobre Pepe! Entré en su alcoba, y le hallé casi desvanecido en la butaca, acompañado de Villalta y **Enrique Gil**, que acababan de darle la noticia. El estado de ánimo del gran poeta no era el más a propósito para emociones muy vivas, pues a más de la dolencia que le postraba, había sufrido el cruel desengaño que acibaró lo restante de su vida. Ignoro si sabes que Teresa le abandonó hace dos meses. Sí, hombre, y... En fin, que esto no hace al caso. Gran fortuna ha sido para las letras patrias que Pepe no haya incurrido en la desesperación y demencia del pobre Larra. [...] Senteme a su lado, y hablamos del pobre muerto. En un arranque de suprema tristeza vi llorar a Espronceda; luego se rehízo, trayendo a su memoria y a la de los tres allí presentes los donaires amargos del *Pobrecito hablador*, el romanticismo caballeresco del *Doncel*, y el conceptismo lúgubre de *El día de Difuntos*. También hablaron de ella, y tal y qué sé yo, diciendo cosas que no reproduzco por creerlas impropias de la gravedad de la Historia. Villalta y **Enrique Gil** se fueron, porque tenían que dar infinitos pasos para organizar el entierro de *Figaro* con el mayor lucimiento posible, y me quedé solo con el poeta, el cual, de improviso, dio un fuerte golpe en el brazo del sillón, diciendo: «¿Qué demonio! Ha hecho bien». Yo rebatí esta insana idea como pude, y para distraerle recité versos, de los cuales ningún caso hacía. A media tarde entró de nuevo Villalta con Ferrer del Río y Pepe Díaz. Espronceda sintió frío y se metió en la cama. Yo, caviloso y cejijunto, hacía mis cálculos para ver de dónde sacaría la ropa de luto que necesitaba para el entierro...

Así nos presenta Galdós a Gil en la ficción, por medio del que fuera en la realidad amigo suyo Miguel de los Santos Álvarez –que entonces componía versos en la línea de Espronceda–, en esa carta tan bien



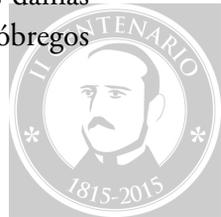
redactada aunque sea apócrifa, pues más adelante se descubre que no ha sido Miguel quien la ha escrito... Bueno, a lo que nos importa aquí: llama la atención que Galdós haya imaginado que fuera Gil y Carrasco el primero en correr hasta la habitación donde se reponía Espronceda de su enfermedad para notificarle el suicidio del grandísimo Larra. ¿Por qué Gil, señor Galdós? Y no solo eso, sino que lo encargase también de organizar el sepelio del suicida.

Enrique Gil, Gil y Carrasco, la persona y el personaje: ambos estaban destinados, en la vida y en la ficción, a jugársela muy pronto con las carambolas del suicidio y los dados de la muerte. ¿Acaso ignoraba Galdós las tentaciones suicidas que había sufrido Enrique Gil? ¿No había leído su poema en prosa *Anochecer en San Antonio de la Florida*? ¿Y acaso ignoraba Galdós que, pocos meses después del entierro de Larra, Gil recibía la noticia de la muerte de su padre (en septiembre), la de su íntimo amigo Guillermo Baylina (en octubre), y la de su amada del alma Juana Baylina (en noviembre)? O tal vez por eso mismo quiso Galdós dejarlo retratado así, en esa escena diseñada con los colores del suicidio y de la muerte.

A raíz de la muerte de Juana Baylina compone Gil *Una gota de rocío*, que es leída en diciembre por Espronceda en el Liceo, recibe grandes aplausos... y será el comienzo de una brillante y brevísima carrera literaria...

“Era moda entonces –confiesa el narrador del episodio titulado *Mendizábal*-- morir en la flor de la edad, tomando posturas de fúnebre elegancia. Habíamos convenido en que seríamos más bellos cuanto más demacrados y entre las distintas vanidades de aquel tiempo no era la más floja la de un fallecimiento poético, seguido de inhumación al pie de un ciprés de verdinegro y puntiagudo ramaje”. solo que Gil atraparé una real tuberculosis que lo estrangulará nueve años después.

En 1843 se halla en la plenitud de su carrera. Es uno de los más famosos críticos literarios del país. Asiste a los estrenos teatrales para luego reseñar con maestría algunas piezas dramáticas en el periódico donde se gana la vida. Es posible que llegara a constituirse en uno de los más apreciados mentores de los elegantes caballeros y bellísimas damas maduras de la alta sociedad que amaban y se amaban en los lóbrogos



teatros madrileños. No es improbable. Y así debió de pensarlo Galdós cuando en el capítulo quince de *Bodas reales* – cuya acción se sitúa en Madrid en los días previos a la boda de Isabel II con Francisco de Paula– metió en una escena muy teatralera y romántica a don Enrique Gil codeándose con animadísimas señoras viudas a las que ofrece entradas de palco para que aplaudan a rabiar la obrita que van a contemplar en el Teatro de Variedades. He aquí el texto:

Entre los muchachos que solían ir a la tertulia de la viuda de Navarro, descollaban: Rubí, que de autor de piecicillas andaluzas había subido a la jerarquía de dramaturgo famoso; Campoamor, ya célebre como lírico de mucho aquel; Navarrete, escritor de costumbres, y **Enrique Gil**, poeta y crítico. Íntimos de este eran los Asquerinos, dos hermanos muy simpáticos que hacían dramas. Anunciábase uno de Eusebio en el teatro de Variedades, con el título un tanto estrambótico y trabalenguas de *Obrar cual noble con celos*, y Jenara alcanzó de **Enrique Gil** el obsequio de dos palcos para el estreno, comprometiéndose a ejercer de alabarda toda la noche con sus amigos hasta sacar a flote el drama, cualquiera que fuese su mérito. Uno de los palcos ocuparíalo la viuda; el otro sería remitido *de parte del autor* a unas damas andaluzas que infaliblemente invitarían a sus *habituados* Terry y Alejandro Llorente, a la sazón inseparables. Una vez colocado *a tiro hecho* el galán esquivo, Jenara le saludaría, llamándole a su palco para *decirle dos palabras*, y en el acto, con hábil maniobra, se efectuaría la tangencia de aquellos dos planetas de amor, que andaban despavoridos por los cielos buscando un punto en que juntar sus órbitas. Pero el drama, anunciado con tanto bombo, *Obrar cual noble con celos*, no llegó a representarse, y el plan quedó diferido en los propios términos para el estreno del drama de Valladares y Saavedra, *Para un traidor un leal* y *Juicios de Dios*, en el mismo Teatro de Variedades...

Y podríais deteneros finalmente en la lectura de este reclamo teatral que copiamos de uno de los números del *Semanario Pintoresco Español*. Aquellos sí que eran tiempos propicios para el teatro:



El teatro de **VARIEDADES** vá dando progresivamente señales marcadas de vida y animacion, y todas las noches está lleno de una brillante sociedad, en especial de jóvenes bellas y elegantes. Se ha representado aqui el primer drama original, de los tan anunciados en todos los periódicos, y que lleva por título *El hijo del pueblo*; es una produccion lindísima, salpicada de magníficos pensamientos, y ostentando una robusta y rica versificación; sus autores los jóvenes la Rosa y Cerro han sido dos noches llamados á la escena, donde el público les ha tributado su justa admiracion. La segunda noche de la representacion de este drama se estrenó una linda y chistosísima pieza de nuestro amigo Villergas, titulada: *El Asistente*, que gustó mucho, como no podia menos de suceder, siendo de tan fecundo y original poeta. Se disponen en la actualidad dos dramas nuevos y originales, titulados: *Obrar cual noble con celos*, del señor Asquerino (Eusebio) y *Para un traidor un leal*. Aconsejamos á nuestras bellas que concurran á este teatro, porque pasarán en él un rato de solaz.

